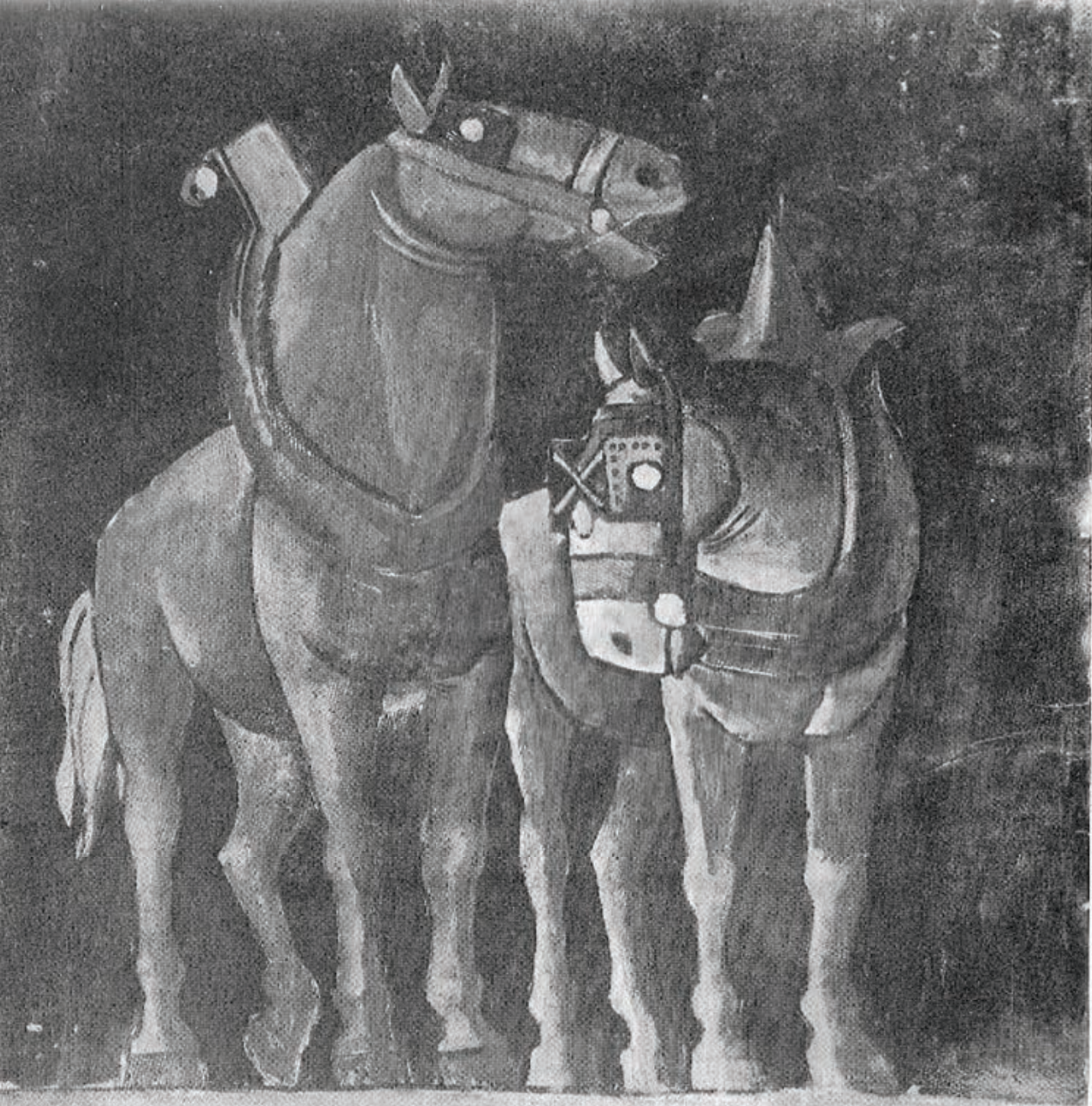


A. TORRES

F. MATTO



AUGUSTO TORRES

Olite

Francisco Matto y Augusto Torres alcanzaron su madurez en el Uruguay, donde tuvieron la suerte de realizar su aprendizaje al lado de Joaquín Torres-García. Habría sido inconcebible y absurdo que dos pintores tan auténticos y singulares como Matto y Torres vivieran en la misma ciudad —y uno de ellos en la misma casa—, que uno de los grandes maestros de la pintura moderna y permaneciesen indiferentes a su enseñanza e impermeables a su influencia. Un artista que no es influido por nadie ni por nada, no es un artista, sino un insensible y un obtuso. Lo que natura da sólo puede alcanzar la plenitud de su ser más íntimo con lo que Salamanca le presta. Sí, tanto Matto como Torres fueron instruidos e influidos por Torres-García y, además de esa influencia cercana y principal, recibieron —como es inevitable en quien tiene ojos y pensamiento de pintor—, otras muchas, de diversas épocas y de distintas tendencias antiguas y modernas. Todas esas influencias y su talento personal explican que llegaran a ser tan sólidamente originales como son, sin esas novedades superfluas que el tránsito de la moda y el tráfico del mercado exigen. Porque ser original es muy raro, pero ser raro no es nada original. Una de las cualidades que distinguen a un mediocre es que está condenado a cometer insignificantes rarezas, sin originalidad ninguna.

La prueba más clara de lo que hemos dicho y el mejor ejemplo de como incide una enseñanza fecunda en un artista verdadero está en las profundas diferencias que existen entre la obra de Francisco Matto y la de Augusto Torres.

Francisco Matto es un gran pintor cuyos cuadros parecen responder a la búsqueda permanente de una dimensión metafísica con una «reconocida armonía», y en cada uno de ellos se corrobora que, de acuerdo con la concepción clásica o clasicista de Leonardo, la pintura puede ser una poesía que se ve. Matto pinta tanto con los oídos como con los ojos y, por esa particular visión auditiva, las formas y los colores se unen y se aíslan, a la vez, en una misteriosa consonancia ideal y mediterránea. El color, en Matto, se encierra siempre en una forma que lo define perfectamente y que, en cierto modo, le da su pleno sentido. Este predominio de la forma no impide que el conjunto tenga una unidad esencial y que, muchas veces, esté envuelto por una entonación delicada, que abarca la totalidad de los objetos en una atmósfera transparente. Pero, la unidad general no absorbe ni rompe la unidad propia de cada una de las formas —con cada uno de sus colores—, que la integran, las cuales viven como plantas, individuales y juntas, de un melodioso jardín.

Augusto Torres es un pintor diametralmente opuesto, porque si en Matto hay una tendencia a espiritualizar la materia, en Torres hay una voluntad de materializar el espíritu. Torres es un pintor con mayúscula —lo que se dice un pintor—, desde la cabeza a los pies, y ahí radica

la estirpe española evidente de su arte. Porque en España —y con Velázquez, precisamente—, la pintura fue, por primera vez, dueña enteramente de sí misma, sin deberles nada ya a las artes plásticas de la escultura y la arquitectura. De una enorme sabiduría, y conocedor de todas las técnicas y de todas las tendencias pasadas y presentes del arte de pintar, Torres, a su preocupación mental por la búsqueda de una armonía, una medida y un orden clásico, suma una inclinación sensual, o sensorial, a que todo termine por fundarse y fundirse en la pulpa sombría —donde la luz se encuentra y palpita—, de una visión total, para la que nada queda aislado o separado. Por eso sus obras más representativas son victorias milagrosas sobre un conflicto permanente que, en lugar de anonadarnos, las vivifica.

Guido Castillo

Augusto Torres

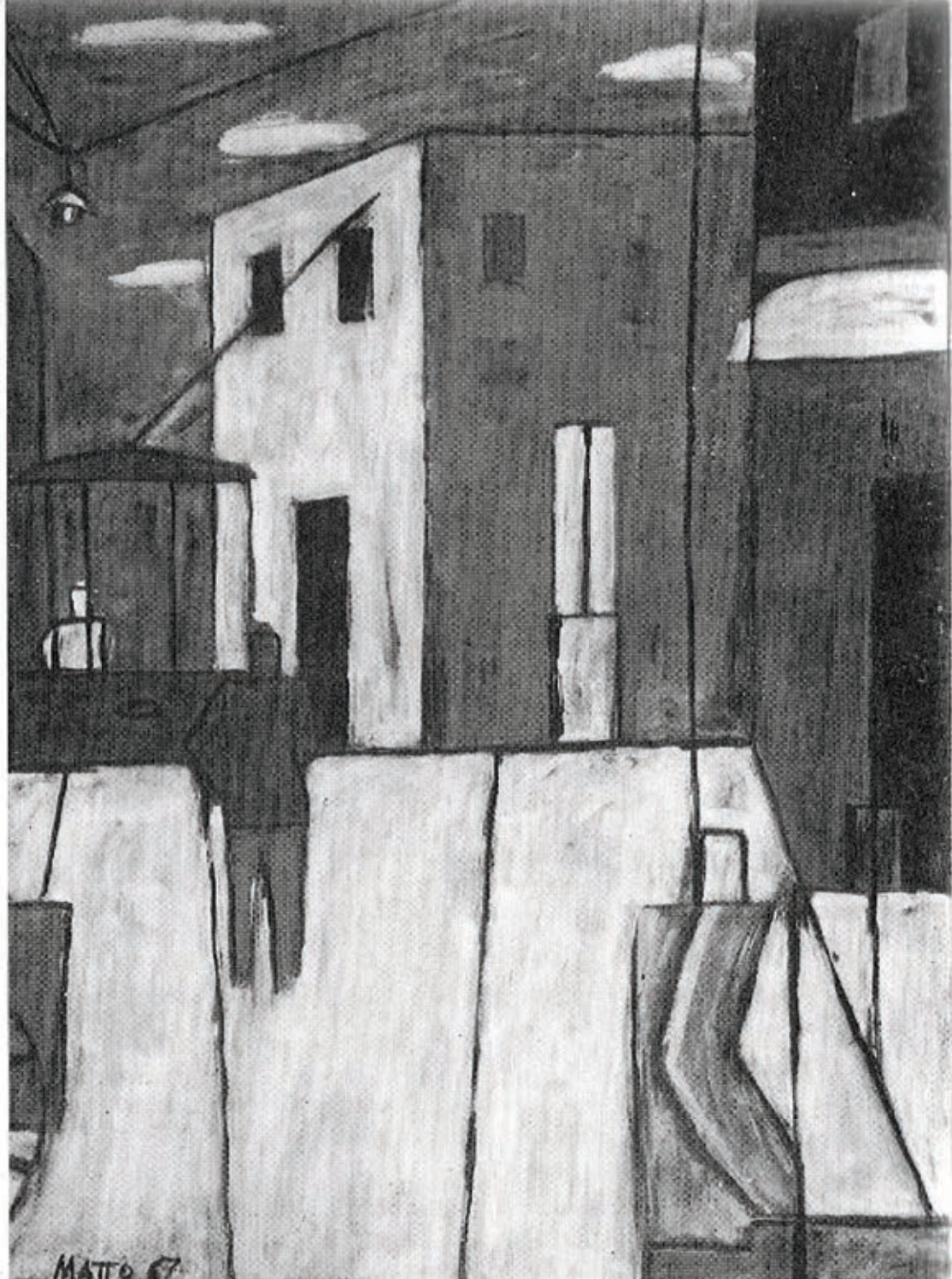
Nació en Tarrasa (Barcelona), en 1913, siendo su madre española y su padre el pintor uruguayo Joaquín Torres-García. Además de España y el Uruguay vivió en los Estados Unidos de Norteamérica, en Italia y, principalmente, en Francia, donde estudió con Julio González y Amadeo Ozenfant, continuando después su aprendizaje bajo la dirección de su padre. Fue dibujante del Museo del Trocadero y frecuentó los talleres de Piet Mondrian, Van Doesburg y Lipchitz. Expuso en muchos países de Europa y América y participó en las Bienales de Venecia, San Pablo, México y Colombia. Museos y colecciones particulares del Viejo y del Nuevo Mundo han adquirido muchas de sus obras.

Francisco Matto

Nació en Montevideo en 1911. Comenzó a dibujar en 1922. Sus primeras obras expuestas en salones nacionales y municipales datan de 1929. En 1939 comienza sus estudios con Joaquín Torres-García, los cuales se continuarán hasta la muerte de éste, diez años más tarde. Ha realizado exposiciones en diversos países de América y Europa, la última de las cuales se llevó a cabo en los «Surindependents» de París. Varias obras suyas figuran en museos y colecciones particulares europeas y americanas. Formó una muy importante colección de arte precolombino que hoy es un museo abierto al público.

FRANCISCO MATTO

Oleo



Sala Monzón

Velázquez, 119 - Teléfono 261 17 32 - MADRID-6

Del 9 al 31 de mayo de 1974
Mañanas: De 11 a 2 - Tardes: De 5,30 a 9,30